

PREFACIO

Conocí a Joan Carles Fogo Vila hace muchos años, cuando él preparaba con toda la admiración y cariño su libro *Los espacios habitados de Rafael Alberti*. Charlamos y charlamos, más bien me acostumbré a hablar y que él me preguntara y me escuchara. Era fácil para mí, hablaba de personas queridas, admiradas y muy añoradas. Cuando me planteó, hace un tiempo, hacer un libro sobre la vida de mi padre, no de sus obras, me pareció que era la persona más adecuada para buscar entre los documentos y mi memoria los datos necesarios para hacer su biografía humana. Para poner contexto, pies de páginas, anotaciones, años a esas obras y a su entorno y el porqué de muchas cosas. Conocía bien su sensibilidad, después de la lectura de sus libros, su condición de arquitecto y escritor, su tenacidad en la búsqueda de datos, en esos pequeños detalles, que hacen más comprensibles las historias personales, pero también las de las propias creaciones.

Nuestras charlas, nuestros momentos emocionantes, que ha habido muchos, han sido un viaje por la historia y los relatos más apasionantes. Juntos, abrimos cartas escritas hace más de cuarenta años y jamás abiertas. Lo hicimos con un respeto impresionante, incluso lo filmamos con nuestros móviles. Dentro de una carta, de la arquitecta polaca Helena Syrkus, había un trozo de pan bendecido para que llegara a mis padres, en señal de amistad, en una lejana navidad. Emocionante experiencia llena de expectación, respeto y mucho cariño.

Gracias a la labor sorda pero impresionante de mi madre, guardando cartas, agendas, postales, fotos y archivando durante toda su vida, como una profesional, pudimos detallar y reconstruir momentos mágicos. En una pequeña nota explica cómo llegaron tarde, por culpa de ella, a la inauguración de La Solana del Mar. Detalle absurdo para anotar, pero creo que ella sabía mejor que nadie, y antes que nadie, que no eran en vano sus pequeñas notas. Que alguien en el futuro incierto le daría valor documental a sus anotaciones.

Y gracias a Joan Carles pude tener la constancia, la perseverancia y el valor de enfrentarme a todo ello, sabiendo que la selección que él hiciera estaría hecha con la misma delicadeza, sensibilidad y pru-

dencia necesaria. La selección de tanto material ha sido una labor muy grande, pero indispensable ante la cantidad de documentación, y Joan Carles ha sabido elegir las ramas que se nos abrían con cada dato nuevo. Cuando he leído el resultado, me he emocionado. Está lleno del alma necesaria para acompañar esas vidas tan complejas. Jamás dudé de su sensibilidad, pero sí de mi propia capacidad de saberlo compartir o trasladar. Otra vez los he visto caminar, hablar, escuchar y reírse. No esperaba tanto. Gracias.

Durante años, he recibido cantidad de preguntas maravillosas sobre mi padre. Imposible contestar a todas esas curiosidades sobre un ser humano sin explicar muchas cosas sobre su vida, su historia, sobre su ser completo. Pero, al mismo tiempo, tengo que basarme en sus palabras: “Si una obra arquitectónica la tienes que explicar, has fracasado como arquitecto”.

Esas frases educativas, que me rodearon desde pequeña, sentencias de vida, en las que he basado muchas de mis creencias, las hemos intentado reflejar en este libro. Era parco de palabras, pero exquisito en su cuidadosa selección. Sobre muchas cosas y aplicable a todo lo que uno quiera: “Entre lo bien hecho y lo mal hecho es el mismo tiempo, y solo que concentrándose más”. En mis dudas ante las contradicciones adolescentes de buenos modales, le pregunté quién tenía que dejar pasar a quién, ante una puerta, quién abrirla y quién pasar delante: “El fuerte al débil, siempre”.

Para cuántas cosas esta simplicidad de la razón me ha ayudado en la toma de decisiones. Y esa razón para nada ha de ser contraria a la libertad de creación o incoherente con los argumentos. Pertenece a nuestra parte libre de lógica, pero necesaria para llenar de sensualidad la vida, pulir las aristas, acompañarnos en el viaje, iluminarnos los sueños y llenarlos de poesía. Ese color que nos acompaña en nuestros recuerdos, junto al olor, siempre presente en las añoranzas, puliendo los ángulos, cambiando las prioridades en nuestras miradas, alterando las dimensiones, el planteamiento de las dos dimensiones, junto a la luz, y añadiendo todas esas dimensiones necesarias para completar con nuestra mirada el espacio que nos acompaña.

En mis primeras clases de Historia del Arte me explicaron el Románico, el Gótico y el Barroco y sus diferencias. Tendría yo unos diez años. Llegué a casa con sentimiento de culpabilidad pues

pensaba que no podía fallar justo en eso y, sin embargo, en mi triste libro, con pequeñas fotos en gris, con unas pocas fotos, no lo veía nada claro. Me atreví a preguntarle a él, en uno de nuestros sagrados sábados de visitas de obra: “Si entras en una iglesia y te hace sentir con ganas de pensar, de buscar dentro de ti, estás en el Románico. Si levantas la cabeza, si buscas en el techo, en el cielo, si buscas las estrellas y miras a lo alto, estás en el Gótico; si te sientes pequeña, impresionada por el poder de la Iglesia y su riqueza, estás en el Barroco”. Ese es el poder de la arquitectura, hacernos sentir. Alegrarnos, vibrar, emocionarnos, experimentar, reflexionar o sentirnos mal, sin más.

Uno de mis primeros pánicos de estudiante era cómo enfrentarme a los espacios vacíos, sin referencias. Y el hombre sin miedos me dijo: “Una vez contigo tuve esa sensación de angustia, en el salón de La Ricarda, cuando no había todavía referencias. Y te llamé, mientras jugabas en el exterior, te instalé en el centro de la habitación y seguí con mi visita de obra. Cuando regresé, estabas jugando con la arena, tranquilamente, en el centro de la habitación, y supe que no me había equivocado. Si lo hubiera hecho, te hubieras arrimado a una pared, te hubieras hecho una casita, buscando refugio, como un animal herido. Pero, estabas tranquila en ese espacio vacío”. Lo que no sé si todas las niñas se hubieran quedado en el centro de la habitación jugando, o también yo terminé siendo una obra de mi padre. Mi madre y yo siempre hacíamos la broma de que, si fuera por él y sus reglas, pareceríamos edificios de apartamentos o *bungalows*.

“Las personas necesitan un espacio para vivir, los personajes, un decorado”. Esta es una de las reflexiones más duras que me dio, que más me ha costado aplicar. Reconozco que la parte surrealista de mi madre, mi propia frivolidad buscada para vivir, mis propias inseguridades, me han llevado a decorar alguna cosa, algún recuerdo, alguna realidad, pero siendo consciente de que lo hago, con lo cual ya le quita parte de la supuesta frivolidad, al reflexionarlo. Era un amante de la poesía, la literatura, la ciencia, el arte popular, la amistad, la conversación, el humor, el cine negro americano, el tango y con afición a la magia. Y creo que lo del cine y la magia lo utilizaba mucho más que lo aparentemente inspirador.

Por eso mi intención, a pesar del pudor que me produce incluso leer cartas que nunca fueron pensadas para mis ojos, el respeto con

el que lo hemos hecho, solo para que fuera él quien hablara de sí mismo, nos ha dejado salirnos y huir del decoro de publicar cartas privadas, seleccionando aquellos pasajes necesarios para poner en contexto sus palabras y su obra.

“En la vida hay que ser muy elegante para llevar más de tres colores”. Otra de sus máximas curiosas, pero cuando analizas sus creaciones, comprendes sus juegos de matices, de vacíos, de sombras, abierto y cerrado, dentro y fuera, interior y exterior, tan comedidos, tan exactos como su regla de tres en su bolsillo. El vacío lo construye, el color es su aliado, el negro es un color, como el blanco, y el paisaje se enmarca para hacerlo más acotado y obligarnos a mirarlo y no solo verlo.

Hay muchos datos inéditos, incluso para mí, y su discreción hizo que premios y amistades importantes hayan aparecido ahora con un relieve diferente, tengan dimensiones distintas y, aun así, queda mucho por hacer, mucho por trabajar, por estudiar. Pero en algún momento hay que poner un punto y aparte. Buscábamos hacer una biografía lejos de fechas y datos, aunque no se olvidan, para acompañar en el tiempo y en su recorrido vital, a mi padre, a mi madre, a mi abuelo, con vidas tan complejas, en tantos parajes, con unas vidas tan llenas de recovecos, saltos y bifurcaciones, que sin un guía es difícil recorrerlas sin perderte. Pero esos caminos son la historia, su “arquitectura cristalina”, que sería mucho más impenetrable para los buscadores de teorías, para los estudiosos, a los que sé que no habremos rellenado todos los misterios, todos los secretos, pero ahí empieza la magia y la leyenda.

VICTORIA BONET MARTÍ, 21 de noviembre de 2021

PAISAJE NATAL MEDITERRÁNEO

La imagen de Antonio Bonet fue evocada por su amigo Rafael Alberti con una hermosa referencia a un perfil romano extraído de las tierras fértiles y cultivadas del litoral catalán, con sus vientos homéricos, los navegantes fenicios, griegos y romanos que recalaron en sus costas, la intensa luz meridional entre los pinos, cipreses, olivos e higueras, y las olas con espumas blancas y transparencias marinas. Bonet y sus proyectos estuvieron siempre vinculados a esta luminosidad mediterránea, con la claridad de los litorales, los cantos recortados de sus casas, sus colores blancos y azules, los banales ondulados, las verdes arboledas y la plenitud de los sentidos en sus paisajes.

Bonet nació el día 13 de agosto de 1913, según todas las publicaciones sobre el arquitecto. Además, su hija Victoria recuerda que él decía que estaba relacionado con el número trece por su día, año de nacimiento y fecha de su santo —san Antonio de Padua, patrón de los trabajadores de la construcción, que se celebra cada 13 de junio—. Sin embargo, en su acta de nacimiento del Registro Civil de Barcelona se hizo constar que nació el día 23 de agosto de aquel año, a las diecisiete horas, en la calle Conde Borrell, número 81, del barrio de San Antonio. El edificio donde nació fue construido en 1896 y está situado justo frente a uno de los brazos de la gran cruz en planta del mercado de San Antonio, que converge en una cúpula central octogonal soportada por ocho grandes columnas de hierro, en la esquina de la calle Conde Borrell con Tamarit. Ese enorme mercado histórico, proyectado por el arquitecto Antoni Rovira i Trias, fue el primero que se construyó fuera de las murallas y se inauguró en 1882. En el perímetro de este mercado de alimentación ya se instalaban entonces los populares puestos de los Encantes y del mercado dominical de libros de ocasión —expuestos en mesas desmontables, carros e incluso sobre las aceras—, que era muy frecuentado por coleccionistas.

En aquellas semanas en torno al nacimiento de Bonet, se mantenía en numerosas fábricas una larga huelga general en el sector del Arte Fabril y Textil, iniciada a finales del mes de julio, en una de las más potentes reivindicaciones obreras de inicios del siglo XX, que movilizó en una abrumadora mayoría a mujeres, con la partici-

pación de más de cincuenta mil huelguistas en Barcelona y otros importantes centros textiles como Badalona, Manresa, Sabadell, Terrassa, Mataró, Igualada, Vilanova i la Geltrú y Reus. La legislación vigente permitía agotadoras jornadas laborales de once horas y en realidad se hacían hasta doce. Las huelguistas reclamaban una reducción de esa jornada laboral a nueve horas, turnos de noche de un máximo de ocho horas e incrementos salariales, especialmente para los sueldos de mujeres y menores, que eran generalmente inferiores a los que percibían los hombres. En ese año convulso se había creado el primer sindicato femenino del Arte Fabril y Textil de Barcelona, de tendencia anarcosindicalista, que promovió aquella huelga general del sector. La represión fue intensa, con numerosas intervenciones de la guardia civil e incluso de unidades del ejército que desfilaron por los barrios obreros. Un año después del nacimiento de Bonet se inició la Primera Guerra Mundial, que devastó el territorio europeo en un conflicto que duró más de cuatro años.

En una entrevista grabada en sus últimos años, Bonet evocó a sus padres: “Mis orígenes familiares son los típicos de la pequeña burguesía catalana, suficientemente generosa —mi familia—, como para haberme permitido estudiar la carrera de arquitectura, que en aquel momento era la carrera más larga que había en España”.¹ Sus antepasados provenían de pequeñas poblaciones de las provincias de Tarragona y Lleida. Magín Bonet Civit, padre de Antonio Bonet, nació en Conesa —como sus padres José Bonet y Josefa Civit—, un municipio agrícola con unas pocas decenas de habitantes, situado en la comarca de la Conca de Barberà, en la provincia de Tarragona. Esta villa medieval conserva una parte de su muralla y tiene un castillo en la parte más alta, calles en pendiente, arcadas y una plaza mayor con corredores porticados. Muy pocos años después del nacimiento del padre de Bonet, el pueblo fue asolado por una epidemia de cólera muy mortífera. La madre de Bonet —Teresa Castellana Farrús— nació en Barcelona, y sus padres —Miguel Castellana y Teresa Farrús— eran originarios de Sallent y Camarasa, de la provincia de Lleida. Los padres de Bonet contrajeron matrimonio canónico en Barcelona, a finales de mayo de 1908, con veintiséis y dieciocho años respectivamente. Ambos trabajaron durante bastantes años en un bar del barrio del Poblenou, que estaba

situado cerca de la entrada del histórico cementerio viejo, inaugurado a finales del siglo XVIII.



Teresa Castellana y Magín Bonet
Archivo VBM.



Primera comunión de Bonet, hacia
1920. Archivo VBM.

Después tuvieron el modesto bar Bonet —que compró el padre de Antonio— en la planta baja de la calle Conde Borrell, número 81 —esquina con la calle Tamarit—, que los obligaba a madrugar para atender a los clientes, en su mayoría trabajadores que iniciaban su jornada laboral. Teresa Castellana era la cocinera de aquel bar, que preparaba las comidas para sus clientes. En aquellas mesas también se jugaba al subastado —una derivación del tute, con una baraja española de cartas—. Muchos años después, incluso tras el traspaso del bar, Magín Bonet seguía yendo a aquellas mesas para pasar sus horas con ese juego —a veces en compañía de su nieto Manuel Escudé, hijo de Pepita Bonet, que desde los años setenta formaría parte de la junta rectora de la Federación Española de Bridge—. Posteriormente, Magín Bonet y su yerno Ramón Escudé —casado con Pepita Bonet, que vivía en el domicilio del matrimonio en la calle Conde Borrell, número 66— abrieron una tienda de géneros de punto

llamada Esbon —con las primeras letras de las familias Escudé y Bonet—, en un local grande situado en la calle Tamarit, número 149, muy cerca del mercado de San Antonio, que dio un buen resultado económico y mantuvo su actividad durante varias décadas. La madre de Bonet también trabajaba allí, en la caja de la tienda, para cobrar las ventas de prendas textiles.

En el Padrón General de Habitantes del año 1930 consta que Bonet, a sus diecisiete años, vivía con sus padres y sus dos hermanas —Teresa y Pepita— de diecinueve y veintiún años respectivamente, junto a otras tres personas —un camarero, un aprendiz y una sirvienta—, en la calle Manso, número 44, piso principal, puerta primera, cerca de la esquina con la calle Viladomat. En el Padrón del año 1940 constan solo sus padres, con residencia en la calle Viladomat, número 107, piso segundo, puerta cuarta, con una superficie de setenta y un metros cuadrados, situado entre la calle Sepúlveda y la Gran Vía de las Cortes Catalanas.

Bonet fue un alumno becado del conocido colegio de los Escolapios de San Antonio. Su hija recuerda conversaciones familiares sobre los dos curas vestidos con su largo hábito negro, culminado con un sombrero de cuatro picos y borla central, que se presentaron en el bar de sus padres para conversar con ellos. Dadas las excelentes calificaciones de su hijo, aquellos curas propusieron que el niño fuera becario durante toda la enseñanza primaria y media, a condición de que no trabajara más en el bar. Bonet nunca olvidó la ayuda de su madre, para que pudiera estudiar, y la importancia de su formación en aquella escuela y cuando retornó a Barcelona, como agradecimiento, hizo algunas donaciones económicas, de manera privada y muy discreta, a la institución educativa que lo había formado.

Esta escuela tiene su origen en un seminario proyectado por el arquitecto Miquel Garriga i Roca —autor del proyecto del Gran Teatro del Liceo—, donde se ubicaron en 1847 los primeros alumnos internos. Fue uno de los centros escolares del Estado español que inició la enseñanza del sistema métrico decimal, desde mediados del siglo XIX. Asimismo, la vinculación con las necesidades de la sociedad catalana y el comercio fueron aspectos centrales en los estudios de enseñanza secundaria, con visitas a fábricas, talleres y bancos. Quince años después se derribaron las murallas de la actual ronda de

San Pablo y se cedieron terrenos a esta escuela. A partir del año 1875 se fue ampliando y se construyó el edificio de la esquina con la ronda de San Antonio. En aquellos años el centro escolar ya tenía unos mil quinientos alumnos.



Mercado de San Antonio. Barcelona, 1915. Archivo Fotográfico de Barcelona.



Escuela Pía de San Antonio. Barcelona, tras la Semana Trágica de 1909. Archivo Fotográfico de Barcelona.



Bonet en su niñez, a la izquierda, cuando pasaba muchas horas en las calles de su barrio, jugando con sus amigos.
Archivo VBM.

La escuela fue incendiada en la última semana de julio de 1909. En un entorno de decadencia, tras las pérdidas coloniales, especialmente por la dolorosa derrota de Cuba en 1898, se produjo un levantamiento popular, de signo antimilitarista y contra los privilegios eclesiásticos, por la llamada a filas de reservistas, muchos de ellos catalanes, casados y con hijos, para formar un contingente

expedicionario de cuarenta mil soldados hacia Marruecos, desde donde llegaban las noticias sobre numerosas bajas en los combates. Como agravante para las clases más desfavorecidas, los hijos de las familias ricas pagaban seis mil reales, establecidos legalmente, para evitar esa incorporación a filas. Solo resistieron al fuego desatado las paredes de carga, algunos forjados y la bóveda de la iglesia gótica. La valiosa biblioteca de la escuela, con más de ochenta mil libros, y catorce espléndidas obras de Jaume Huguet —pintor catalán del siglo XV—, entre ellas un retablo gótico de san Antonio Abad, resultaron completamente destrozadas por las llamas.

Una parte de las actividades escolares se pudieron reanudar, con los primeros trabajos de reconstrucción, en la primavera de 1910, manteniendo su línea de enseñanza avanzada en materias como la lectura, en castellano y catalán, y la educación física, con uno de los primeros equipos de baloncesto en el Estado español. En esta escuela estudiaron alumnos muy conocidos como el filólogo y erudito Manuel Milà i Fontanals; el político Francesc Pi i Margall, que llegó a ser presidente de la Primera República; el dramaturgo Àngel Guimerà; el arquitecto Josep Puig i Cadafalch, que fue presidente de la Mancomunidad de Cataluña; el novelista y autor teatral Josep Maria Folch i Torres y el médico Josep Trueta i Raspall. Bonet recién había cumplido diez años cuando se inició la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, en septiembre de 1923, durante el reinado de Alfonso XIII, que extendería su represión hasta enero de 1930, con episodios como el derribo de las cuatro columnas con capiteles jónicos de Montjuïc, proyectadas por Puig i Cadafalch. La escuela donde estudiaba Bonet también sufrió las consecuencias derivadas de la prohibición del uso de la lengua catalana en la administración y en todo el ámbito público, incluida la enseñanza. Un sector importante de la iglesia católica catalana se mostró disconforme con la persecución lingüística impuesta por aquel directorio militar.

En Buenos Aires, durante sus primeros años de estancia americana, Bonet escribió en una larga carta dirigida a su novia Ana María Martí —probablemente del año 1942, ya que hace una referencia a las visitas a las casas de Martínez— sus recuerdos de aquellos años escolares. En sus palabras ya destaca su capacidad en la asignatura de matemáticas —aunque al principio no se diera cuenta de ello—, los juegos en la calle con sus compañeros y el entorno de amigos mayores, que fue una constante en su vida.